

- DEL RÍO, Víctor. *Factografía. Vanguardia y comunicación de masas*. Abada Editores, Madrid, 2010, 238 pp.

¿Es posible conocer directamente la realidad? A quienes lo afirman, cabe objetarles, kantianamente, que sólo podemos acceder al nómeno mediante las apariencias fenoménicas que lo representan. A quienes lo niegan, y sostienen que sólo conocemos lo real por medio de de las categorías, representaciones y constructos que elaboramos a partir de ella, cabe preguntarles qué garantías tienen de poder, ni siquiera, conocer las propias representaciones de lo real, las cuales deberán ser conocidas, lógicamente mediante nuevas representaciones. En última instancia, o confiamos en alguna clase de pacto entre nuestras vías de conocimiento y el sustrato último de lo real, o condenamos nuestras formas de conocimiento a una regresión infinita en la que nunca existe la garantía de haber comprendido, ni percibido, nada *real*. La inquietud, y hasta la angustia, que plantea la relación de las representaciones con la realidad, atraviesa las tradiciones religiosas y los pensamientos filosóficos desde los comienzos mismos de la reflexión teórica, escindida entre el abismo platónico entre lo sensible y lo inteligible, y la confianza aristotélica en las virtualidades de la mimesis.

Las relaciones de todo tipo entre realidades y representaciones constituyen también uno de los problemas nucleares de la historia del arte, en su dimensión productiva tanto de objetos como de construcciones teóricas para interpretarlos. La *factografía*, vocablo poco usual en el repertorio teórico español, es un capítulo más de esta tensión entre realidad y representación, el cual, pese a estar en principio circunscrito al particular *Zeitgeist* de la vanguardia postrevolucionaria soviética, extiende sin embargo su influencia hasta el presente.

La primera gran aportación de la obra de Víctor del Río reside en la exploración de las diferentes dimensiones de sentido que

este término encierra, y de cuyos paradójicos e inadvertidos frutos alimentamos hoy en día nuestra insaciable *iconofagia*. La *factografía* es la aspiración irrealizable (fiel reflejo de la condición totalitaria y esquizoide del régimen soviético) a que las imágenes reflejen la realidad tal cual es y, al mismo tiempo, se conviertan en vehículos de transformación de la conciencia proletaria e instrumentos de la revolución. El *factógrafo* tiene como misión imposible convertir su obra en reflejo exacto de la realidad, sin deformaciones *burguesas*, y por tanto convertir al producto factográfico en un medio estético de integración de arte y vida. Lógicamente, el proyecto estaba condenado al fracaso, puesto que cualquier organización formal de la realidad supone una selección e interpretación que convierte a la realidad estética, en este caso al producto factográfico, en una nueva realidad intermedia que no puede nunca identificarse con aquella realidad primaria de la cual pretende ser reflejo fiel. Las consecuencias teóricas y prácticas de esta contradicción son desarrolladas lúcidamente por el autor en los capítulos que dedica al estudio de la fotografía, el cine, y las formas literarias, como medios privilegiados por los aparatos del poder político para *factografiar* la realidad, pero que acabaron ellos mismos por ser *factografiados*, como era previsible, por las instancias ideológicas que, de alentar un arte que reflejara la realidad sin las mediaciones impuestas tradicionalmente por la ideología burguesa, no se conformaron solamente con determinar qué realidades debían ser representadas y cómo debían serlo, sino que se convirtieron ellas mismas en *autoras* de la realidad, eliminando, primero del mundo de las representaciones, y después del mundo de los hechos, cualquier cosa o persona que perturbase la *factografía* oficial.

Las metamorfosis del proyecto factográfico constituyen el corazón del libro de Víctor del Río, el cual se convierte, antes que en un *mise en abyme* factográfico de su propio objeto de estudio, en un mapa de las transformaciones que el proyecto factográfico ha sufrido desde sus orígenes, mapa que

el propio autor no pretende agotar, pero cuyas rutas principales traza con acierto. Particularmente interesante resulta la conexión que, a través de Walter Benjamin, y especialmente en *El autor como productor*, se establece entre el proyecto factográfico soviético y las reflexiones sobre la historia y la producción artística que caracterizaron la obra del filósofo alemán y que tanta influencia ejercerán en el devenir de las poéticas de las neovanguardias, la deuda de las cuales con los conceptos derivados de la factografía expone y desvela con singular acierto el autor. Todo ello culmina en una esclarecedora exposición de la paradójica presencia latente de las prácticas factográficas en los modernos medios de comunicación de masas, cuya permanente reivindicación de su condición de vehículos transparentes de reflejo y reproducción de la realidad es en realidad la máscara que oculta los mecanismos ideológicos de la fabricación de la realidad mediada y mediatizada por las modernas y ubicuas instancias del poder. Todo ello es sintetizado por Víctor del Río en una frase lapidaria que resume a la perfec-

ción el sentido del libro.: "(...) la vanguardia es a la revolución lo que la neovanguardia a la comunicación de masas" (p. 217).

Cabe, por último, intentar aplicar una reflexión factográfica sobre la estructura y significado de *Factografía* como libro y como proyecto teórico. ¿Es *Factografía* un estudio factográfico de su objeto de estudio, o una construcción ideológica sobre la factografía, entre otras posibles? ¿Es posible factografiar la factografía? Dejemos abierta la respuesta, pero constatando que la esencia de este libro afecta al núcleo mismo de las relaciones entre arte y realidad, entre lenguaje y mundo. Y estas no son sólo las preguntas de la modernidad, o de la hipotética *postmodernidad* en la que supuestamente vivimos, sino las cuestiones que han jalonado el decurso del pensar filosófico, en el cual este texto se instala, lleno de sugerencias, como un nuevo *factum* que está llamado a generar nuevas y fecundas investigaciones.

César García Álvarez